

Ante el eclecticismo y la descontextualización de muchas propuestas espirituales contemporáneas que toman prestados conceptos, creencias y prácticas de diversas religiones, Christie ofrece un sólido anclaje en una tradición –la del monacato cristiano primitivo– dialogando desde esa experiencia acumulada con los retos contemporáneos que la crisis ecológica plantea y con algunos de los principales autores que han configurado la sensibilidad medioambiental (Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson, Annie Dillard o Aldo Leopold).

Esta obra es de recomendada lectura no solo para quien esté interesado en la espiritualidad del cristianismo primitivo, sino también para quien se pregunte por la contribución que las grandes tradiciones religiosas pueden hacer ante el urgente reto de la sostenibilidad. La obra de Christie muestra de forma elegante y profunda la actualidad y operatividad de esa contribución. JAIME TATAY, SJ

Vidal, Marciano. *Historia de la Teología Moral*. Tomo V: *De Trento al Vaticano II*. Volumen 2: *El siglo de la Ilustración y la moral católica (s. XVIII)*. Madrid: Perpetuo Socorro, 2017, 1191 pp. ISBN: 978-84-28407-88-5.

Nos encontramos con un nuevo volumen de ese magno proyecto de investigación y de divulgación de la Historia de la Teología Moral que está realizando desde hace décadas el profesor Marciano Vidal, uno de nuestros mejores teólogos morales del postconcilio. Este libro constituye el sexto volumen publicado de un total de diez. Está dedicado al s. XVIII, un siglo prácticamente olvidado en la historia de la Teología Moral a excepción de la figura luminosa de san Alfonso María de Liguori, a la que el autor dedicará en breve el siguiente volumen.

El motivo de fondo de este amplio volumen es «rescatar el s. XVIII para la moral católica». Este «rescate» lo hace de dos modos que es importante comprender desde el principio para captar la organización del volumen. El profesor redentorista quiere «recuperar», más allá de simplificaciones, la comprensión del contexto político, social y religioso del s. XVIII y del fenómeno de la Ilustración y su discurso filosófico-moral. El libro está lleno de matices que nos hacen comprender un siglo que ni es tan homogéneo, ni tan francés como aparenta, ni tan racionalista. En esta labor de «rescate» del siglo XVIII, el libro también recupera la teología moral del s. XVIII más allá de la imponente figura de san Alfonso y da cuenta de los muchos trabajos realizados en este campo y de algunos avances en la teología moral dentro de un tono dominante de mediocridad. Detrás de estas dos recuperaciones (contexto, cultura y filosofía moral por un lado; teología moral y magisterio moral por otro) se refleja la profunda preocupación del autor por el diálogo de la Iglesia con la modernidad. La detallada atención y la longitud del tratamiento hay que considerarlos desde una finalidad muy concreta: no hay diálogo profundo y serio sin una profunda comprensión de la modernidad.

El s. XVIII es el siglo de consolidación de la cultura de la modernidad con sus ideas y formas de vivir más igualitarias, más participativas, más dignificantes pero también es un siglo que está bajo la sombra del Antiguo Régimen, bajo el mundo de las monarquías absolutas. Esta tensión es una de tantas en las que vivirá la Iglesia en este mundo en cambio que también refleja con agudeza el autor en muchas páginas. Es un mundo rural que empieza a hacerse urbano, con una arquitectura pública que cambia la faz de muchas ciudades y que el profesor Vidal cuenta con belleza y detalle; es un mundo de mercado que empieza a internacionalizarse con los viajes por mar, la banca y las bolsas; es un mundo todavía preindustrial y precientífico pero que se va tecnificando con el ferrocarril y el telégrafo; es un mundo todavía estamental en que se va afianzando la burguesía y el estado va asumiendo formas del capitalismo; es un mundo de monarquías absolutas donde ya muchos niegan que el poder sea una dádiva divina; es un mundo inculto pero donde la cultura sale de las élites y los salones reales y se amplía en bienes culturales y actividades culturales para disfrute de muchos. Todas esas aperturas culturales van marcando una sociedad con nuevos valores como son la autonomía, el individualismo, la ciencia y la técnica, la razón, la tolerancia, la participación, la emancipación y el espíritu crítico, el mercado y el capital, la riqueza y el bienestar que serán un legado para los siglos posteriores.

En este mundo, el cristianismo sigue siendo la referencia fundamental y la luz del Evangelio se difunde con coraje y creatividad por nuevas áreas del planeta pero la influencia del cristianismo disminuye entre las élites. En este mundo de tensiones y aperturas, la religiosidad del s. XVIII es predominantemente una religiosidad de devociones y misiones populares, de oraciones y prácticas de piedad, de moralización y práctica sacramental. El espíritu ilustrado entra poco en la religiosidad y en las iglesias: algo en la lectura de la Biblia, algo en algunas personas en un modo de oración más mental, algo en la apertura a las otras religiones y una religiosidad natural, algo en el mayor interés por la liturgia (más que las devociones populares), algo en una mayor crítica histórica, etc.

La actitud mayoritaria del catolicismo ante el fenómeno ilustrado fue la sospecha, la crítica, el rechazo y la condena (p. 434). Con el pontificado de Clemente XIII, además comienza un proyecto de restauración religiosa que conlleva una lucha contra la ilustración irreligiosa que llevará a incluir en el índice no solo la *Encyclopedie* sino las obras de muchos ilustrados. Este mundo en cambio y esta actitud de rechazo y de restauración son un motivo de reflexión para hoy que las páginas de este volumen levantan una y otra vez.

Sin embargo, el profesor Vidal recoge también un elenco de católicos ilustrados que jugaron un papel importante en sus países: Feijoo en España, Muratori en Italia, Verney en Portugal, Genovesi en Nápoles o Konarski en Polonia. Esta ilustración católica tuvo su influencia en una mayor tolerancia religiosa, en la renuncia a la coacción en cuestiones de fe, en una lectura bíblica más contextualizada históricamente, en una predicación más doctrinal y menos barroca, en una purificación de muchas leyendas infundadas del santoral, supersticiones y

milagros, en una superación de la casuística en teología moral, en la búsqueda de traducciones de calidad de la Biblia y los misales, etc.

El autor reconoce que se frustró ese intento de ilustración católica hasta el concilio Vaticano II (con pequeños brotes desde finales del s. XIX) pero que la Ilustración se muestra como una oportunidad permanente para la presentación de la fe cristiana por su exigencia ineludible de una estructura racional alejada de todo fanatismo religioso y de todo fideísmo. Esta «presentación moderna» de la religión conlleva otorgar un mayor valor a la interiorización y subjetivización de la fe, al simbolismo frente a un realismo plano, a la dimensión humana de la religión, a la presencia y participación de los laicos en la Iglesia y un reconocimiento de ciertos valores modernos.

Vidal aboga entre sus páginas implícita y explícitamente por un diálogo posible entre filosofía moderna y cristianismo, diálogo que no existió en el s. XVIII (pp. 677-681). Esto supone dejar de lado las condenas mutuas (Santo Oficio, Índice) y establecer puentes de diálogo. El diálogo es posible, pero debe comenzar reconociendo los límites de cada uno: los límites de la razón y los límites de la religión. Citando a Pascal recuerda que «el último paso de la razón es conocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepasan». Por eso si bien la Iglesia en el s. XVI y XVII participó con actitud positiva en la creación de nuevos paradigmas de racionalidad, en el s. XVIII se fue distanciando progresivamente de las nuevas corrientes culturales (condena). Por eso es necesario relanzar un nuevo diálogo de la teología con el pensamiento filosófico moderno solo iniciado tímidamente a finales del siglo XIX y convertido solo en compromiso eclesial con el concilio Vaticano II, compromiso del todo no realizado, parece dejar entrever el autor (pp. 680-681).

El autor va repasando a lo largo de varios capítulos esos intentos de diálogo y puentes de la modernidad en su preocupación por lo común y universal: las aportaciones de una teología natural, de una filosofía de la religión, de un derecho natural, de una ética filosófica, de una moral pública-política, de una economía política. En estas aportaciones del s. XVIII subyacen, desde un punto de vista moral, valores importantes para la modernidad como son la autonomía, el contrato, la iniciativa, la igualdad, lo público, la sociedad civil, el sentimiento, la utopía, la tolerancia, etc.

La parte final del volumen está dedicada al discurso teológico-moral del siglo XVIII. Está organizada en tres partes. El discurso teológico moral en cinco familias religiosas (jesuitas, dominicos, franciscanos, agustinos y carmelitas), en cuatro ámbitos geográficos (Francia, Italia, España y Alemania —este último país es donde afirma que se da el primer intento moderno de renovación—) y en el papado.

El teólogo redentorista reconoce que aunque el s. XVIII no fue un siglo de moral plenamente rigorista ni mucho menos jansenista, sí fue un siglo que se fue convirtiendo cada vez más en probabiliorista. Si el siglo XVII fue probabilista con algunos brotes de rigorismo, en el s. XVIII se fue imponiendo el probabiliorismo (p. 777). Las condenas del papado (Alejandro VII e Inocencio XI), las posturas de la Asamblea del Clero de Francia (1700) y la adaptación a la ortodoxia

de las órdenes religiosas hicieron que la mayoría de la producción fuera probabiliorista y que se reeditaran obras de orientación rigorista y probabiliorista. La mayoría de los autores de las órdenes religiosas quitando a los jesuitas y algún otro autor aislado fueron probabilioristas.

El papado, prácticamente irrelevante políticamente en este siglo, sufre un eclipse debido a la escasa y mediocre personalidad de la mayoría de sus representantes (con la excepción de Benedicto XIV que no dio la espalda a los cambios que se estaban dando en la sociedad y la cultura) y una curia y unos cardenales que seguían llevando una vida muy mundana que aumentaba su desprestigio de cara a la sociedad. Los papas intervienen en temas morales como la usura, la masonería, el duelo, la no parvedad de materia de la lujuria, el matrimonio, el jansenismo, la condena de obras de los ilustrados, etc. Pero su influencia es cada vez es menor en el conjunto de la sociedad.

Este magnífico y completo libro termina de manera original realizando un recorrido por diferentes espejos morales del siglo XVIII: la poesía, el teatro, la prosa satírico-novelesca, la prensa, la literatura femenina, la literatura de viajes, la pintura, el Chichibeísmo y las diferentes formas de vida en este siglo.

El libro concluye en su última página (p. 1174) que los teólogos morales del s. XVII y XVIII no estuvieron a la altura de los tiempos a la hora de aportar la visión cristiana de una nueva forma de ciudadanía en la época de la Ilustración. Se opusieron a los planteamientos ilustrados y se negaron desde su sensibilidad evangélica a confrontarse con los ideales ilustrados. Su actitud fue efecto del síndrome de «eclesialización» que padeció la moral casuista de los siglos XVII y XVIII. Pero este «sueño eclesiástico» duró mucho y de él no nos hemos despertado del todo hasta el Concilio Vaticano II con su exhortación a los cristianos a tener una presencia activa en la sociedad de nuestro tiempo y a no vivir reclusos intra-muros en la Iglesia.

El libro, como todos los demás volúmenes, de esta magnífica historia va acompañado de complementos bibliográficos en todos los temas, una buena sistematización, una claridad expositiva, una moderación en el juicio que dan cuenta del rigor de los planteamientos expuestos y la hondura y tiempo de reflexión dados a estos asuntos. Solo nos queda esperar pronto el siguiente volumen dedicado a su santo fundador san Alfonso de Liguori y dar las gracias por recuperar la Ilustración del siglo XVIII para la Iglesia y para la teología moral de ayer y de hoy. JAVIER DE LA TORRE

Bara Bancel, Silvia y Julián de Cos, OP, eds. *Dios en ti. Eckhart, Tauler y Susón a través de sus textos*. Salamanca: Editorial San Esteban, 2017, 272 pp. ISBN: 978-84-8260-339-1.

Las palabras de Fray Bruno Cadoré, maestro de la Orden de Predicadores, en el prólogo de este libro, apuntan a su actualidad al señalar que la mística renana